

La escucha, la mirada y la palabra como práctica pedagógica en la pospandemia

Algunas reflexiones para el ejercicio del rol docente

Duilio Bompadre (UCALP)

Resumen

La pospandemia que estamos viviendo evidencia, cada vez con mayor premura, la necesidad y relevancia de la práctica de la escucha, la mirada y la palabra en el ejercicio del rol docente dentro de la institución educativa.

La tecnología nos interpela, atraviesa los modos en que hemos sido formados, y puede ayudarnos a redefinir nuestro oficio y nuestra posición. Nos invita a vivir más conectados en el aquí y ahora institucional, y a estar atentos a lo que está sucediendo. Implica una nueva regla de juego y unas configuraciones absolutamente situadas y dinámicas en un marco institucional relacional que combina espacios, tiempos, personas, tareas.

Palabras clave: rol docente; escucha; mirada; palabra.

Abstract

The post-pandemic that we are experiencing evidences, with increasing urgency, the need and relevance of the practice of listening, looking and speaking in the exercise of the teaching role within the educational institution.

Technology challenges us, goes through the ways in which we have been trained, and can help us redefine our trade and our position. It invites us to live more connected in the institutional here and now, and to be attentive to what is happening. It implies a game changer and configurations that are absolutely situated and dynamic in a relational institutional framework that combines spaces, times, people and tasks.

Keywords: teaching role; listening; looking; speaking.



Introducción

Luego de la pandemia de COVID-19, se vislumbra, cada vez con mayor urgencia, la necesidad y relevancia de la práctica de la escucha, la mirada y la palabra al ejercer el rol docente dentro de la institución educativa.

La relación entre docente y alumno, mediada por el conocimiento, es una relación de carácter intersubjetivo. La enseñanza y el aprendizaje constituyen un proceso relacional que, para ser efectivo, requiere desarrollarse bajo parámetros de beneficio psicológico, ético y emocional (Onetto, 2015).

Todo habla en la escuela: los gestos, las miradas, las caras que ponemos, la pregunta «¿Cómo estás?», la respuesta estereotipada «Todo bien...». A veces, no miramos lo que tenemos que mirar. Hacemos como que prestamos atención, como que nos interesa lo que oímos, escenas que vienen a nosotros para salir de lo común, de la invisibilidad y del anonimato que puede mostrarnos actores invisibles (directivos, alumnos, docentes, personal de apoyo, padres).

Es importante partir de un «no saber» sobre el otro que nos posibilite el encuentro. Muchas veces no sabemos qué le pasa a ese estudiante. Después de la pandemia, sabemos menos. Menos de ese dolor e incertidumbre por la que han tenido que transitar. Partir de una sabia ignorancia nos permite encontrar algo de esa verdad que el otro no entiende, pero que lleva y demanda en las escuelas, también en las universidades (Bertonati, 2022).

De este modo, vamos descubriendo aspectos que antes pasaban desapercibidos ante una simple mirada. Nos vamos quitando las vendas que dificultan ver lo que ocurre y por qué ocurre.

¿Cómo escuchamos? La cotidianidad se manifiesta como espacio de producción de relaciones, de enseñanza, de vínculos, donde se produce subjetividad. Por ejemplo, en los intersticios que se abren cuando nos encontramos con un alumno o un docente en algún lugar como el comedor, nos cuenta esta persona una situación difícil que está atravesando, que amerita una observación y que requiere otra mirada para enriquecer las posibilidades de intervención.

Surgen situaciones que están fuera de lo tradicional, cargadas de significado; los intersticios refieren a algo así como a un mirar «fuera de lugar» o «entre lugares». Es un espacio-tiempo que está «afuera», por su cualidad de encontrarse entre los espacios y los tiempos, como un lugar común de encuentro.

Una escucha que provoca repercusión nos atraviesa, *hace palabra* con nuestra palabra y se presenta como otra manera de escuchar y, con el tiempo, otra manera de nombrar, de poner palabras —¿cómo no nos dimos cuenta antes?—. Deja momentáneamente en suspenso las explicaciones habituales, las creencias que nos acompañan y los prejuicios, y avanza con el otro en la comprensión de lo vivido subjetivamente por él para que la escucha de lo inédito tenga lugar, cediendo la palabra, generando escucha, entramándose en la comunidad.

Invita a preguntarnos acerca de aquello que escuchamos y de aquello que, al escucharse, pasa a tener estatuto de haber sido dicho. No obstante, puede ocurrir que no se sabe qué hacer con eso que se escucha (Nicastro, 2006).

Vivir con hondura esa dimensión de la vida que se manifiesta y que «nos pasa» requiere que abramos espacios de interrupción, pararnos a pensar, mirar, escuchar, sentir más despacio, suspender la opinión y el juicio, el automatismo, cultivar la atención y la delicadeza, abrir los ojos y los oídos, callar mucho y escuchar mucho..., charlar sobre lo que nos pasa... (Larrosa, 2002). En especial, porque hay muchas cosas que nos pasan «inadvertidas» a causa de que «siempre se han hecho así». Entonces, pongamos una diferenciada atención en las cosas inadvertidas que nos suceden, en los lugares repetidos e infinitamente transitados.

La tecnología nos interpela, atraviesa los modos en que hemos sido formados, y puede ayudarnos a redefinir nuestro oficio y nuestra posición. Nos invita a vivir más conectados en el aquí y ahora institucional, y a estar atentos a lo que está sucediendo. Implica una nueva regla de juego y unas configuraciones absolutamente situadas y dinámicas en un marco institucional relacional que combina espacios, tiempos, personas, tareas.

La propuesta que sigue a continuación ofrece tres espacios para la reflexión personal y grupal en torno a la práctica pedagógica de la escucha, la mirada y la palabra.

La práctica de la escucha

Una educación integral otorga un particular relieve a la tarea de escuchar. Los alumnos llevan a la escuela algo más que sus libros y cuadernos. Cada vez con mayor frecuencia, acarrear dificultades, malos tratos, conflictos o malestares profundos provenientes de su familia. El tiempo que se dedique a hablar con ellos, escucharlos o brindarles espacios de expresión es tiempo bien empleado.

Carl Rogers

Escuchar es un factor de gran importancia en la generación de un ambiente de bienestar. Es una experiencia de aprendizaje. En la escuela, todos estamos invitados a aprender a escuchar. *Cuando verdaderamente escucho a alguien, no sólo sus palabras sino a la persona en su totalidad y cuando además le hago saber que he oído sus propios significados personales suceden muchas cosas, ella se siente aliviada resurgiendo con una sensación de libertad y haciéndose más abierta al proceso de intercambio* (Lembo, 1973).

Nos preguntamos: ¿Escuchar es simplemente oír? ¿Somos conscientes de que nuestra escuela abrirá «ventanas» de comunicación auténtica y que se allanarán muchos caminos difíciles si atendemos verdaderamente a la escucha?

La escucha es un elemento básico de la comunicación humana. Escuchar proviene del latín *auscultare*, que significa 'prestar atención a lo que se oye'. Para los griegos, era un acontecimiento afectivo, ya que pensaban que los sonidos y los tonos no llegaban al cerebro, sino al diafragma, donde se producían las emociones. Entonces, escuchar tenía que ver con sentirse «conmovidamente». Se lo ha denominado como el sentido más emocional de todos.

Al escuchar compartimos las emociones de los otros. Cuando nos escuchamos, estimulamos nuestras emociones y nos ponemos en movimiento. Los ciegos captan intensamente las emociones a través de los oídos. Oír implica la simple entrada de los sonidos a través de nuestro canal auditivo, mientras que escuchar entraña varios procesos mentales, tales como discernir, comparar, seleccionar y pensar, entre otros.

La sensibilidad del sentido auditivo es superior a la de la vista. El oído envía al cerebro todas las señales acústicas que recibe y, de manera inconsciente, esas señales se analizan, clasifican y comparan con datos sonoros de la memoria. Una vez identificadas, llegan a la atención consciente solo aquellas que el subconsciente considera importantes. La sonoridad de las palabras puede mostrarnos sentimientos profundos, ya que no solo escuchamos las palabras y su contenido, sino que, ante todo, escuchamos la forma en que se nos dicen. Detrás de ellas, aparecen las intenciones, la cercanía o la lejanía, el amor o la frialdad, la comprensión o el hermetismo. Se necesita agudizar el oído para escuchar, también, los tonos intermedios, las intenciones, las situaciones emocionales del que está hablando.

Una conversación es satisfactoria cuando hay una escucha atenta; ambas partes encuentran un «sitio» donde encontrarse, donde hay lugar para la palabra y la escucha. Estamos, así, frente al milagro del entendimiento. Escuchar implica aprender porque requiere de una actitud activa —a pesar de la paradoja de ser oyente— y de atención. Consiste en cambiar de programa, dejar los propios pensamientos, los prejuicios que obstaculizan la apertura hacia el otro, enfocarse en lo que el otro está expresando y poder comprender qué siente, qué dice, qué quiere. Es interesarse por comprender el punto de vista de los demás poniéndose en su lugar. «Etimológicamente el pedagogo es aquel que acompaña y me parece que *lo que hoy en día les falta a los alumnos es estar acompañados*, no dejarlos ahí donde están, sino escuchar sus dificultades, comprender sus problemas y estar a su lado a lo largo de toda su escolaridad» (Meirieu, 2007).

Una conversación se frustra cuando no podemos escucharnos atentamente, queremos imponer nuestros argumentos sin poder salir de nosotros mismos, y, con esta actitud rígida e inflexible ante lo nuevo o diferente, perdemos la oportunidad de enriquecernos.

Provocamos desencuentros. Conversar implica saber escuchar con el cerebro, con todos los sentidos y, sobre todo, con el corazón. Nos ayuda a mirar la realidad desde la perspectiva del otro. Es entrar en contacto con la emoción del otro de manera armónica. Solo así, dos seres humanos pueden entender lo que cada uno está diciendo; de lo contrario, se producen monólogos, cada uno habla para sí mismo, y no hay conversación.

La escucha atenta es siempre un buen atributo para asegurarse de que todos los actores se sientan valorados

Practicar una escucha atenta requiere de las siguientes habilidades:

- *Estar presente* de manera total, apaciguar los pensamientos.
- *Sentir, percibir sensorialmente* lo que trasmite la otra persona. La empatía es la capacidad de darse cuenta, entender y comprender qué siente, cómo piensa y por qué actúa el otro. Solo es posible cuando lo hemos reconocido.
- *Interpretar, comprender* el mensaje captado. Este aspecto exige tomar conciencia de las posibilidades de tergiversación de los mensajes. Hay que tratar de diferenciar los hechos de las suposiciones y de las opiniones.
- *Evaluar* la importancia y validez de lo escuchado en determinado contexto.
- *Responder* el mensaje del interlocutor.

Una escucha atenta trae beneficios:

- *Reduce la tensión.* El clima tiende a ser más informal. Nos aflojamos y podemos expresarnos auténticamente, sin máscaras.
- *Se aprende a ser más flexibles.*
- *Se incrementa la relación humana.* La persona que siente la necesidad de comunicarse, si se siente escuchada con interés, se muestra segura y es capaz de abrirse tal y como es, se muestra auténtica y sincera.

- *Se estimula* al que habla. No teme verse censurado por expresar sus puntos de vista.
- *Se aprovecha y potencia la experiencia* de otras personas, lo que nos enriquece. Ayuda a tomar mejores decisiones, ya que se consideran otras perspectivas. La persona que escucha tiene la oportunidad de conocer mejor al otro y esto le posibilita conocer otras visiones del mundo. Favorece la amplitud más allá de la limitada percepción personal.
- *Se aprende a desarrollar una cultura colaborativa*, ya que se produce el pasaje del yo al nosotros, al trabajo en equipo.

«Todo habla en la escuela. Basta prestar atención para escuchar. Y todo lo que habla en la escuela dice cosas cargadas de significado. Hay que aplicar el sentido crítico para poder entenderlo» (Santos Guerra, citado en Coronado, 2015).

La práctica de la mirada

El verdadero viaje de descubrimiento no consiste en buscar nuevas tierras, sino en mirar con ojos nuevos.
Marcel Proust

Mirar con ojos nuevos es un viaje de descubrimiento cotidiano en la escuela. Nos abre posibilidades que aún no conocemos y a las que no se accede solo con el lenguaje oral o escrito. La mirada es un potente comunicador. Favorece el intercambio. Evitarla o desviarla connota desinterés y falta de relación. Cuando miramos a la cara a alguien, nuestra mirada se enfoca en la zona aledaña a los ojos, y cuando los ojos se encuentran, se percibe una conexión especial, se comparte algo más entrañable. No solamente sabemos cómo se siente el otro, sino que el otro sabe que nosotros sabemos de su estado de ánimo. Este contacto nos hace sentir vivamente abiertos, expuestos y vulnerables. Cuanto más tiempo dura la mirada, más implicación entre las personas.

Los ojos, según Leonardo Da Vinci, representan el espejo del alma. Cargan las emociones. Forman una parte crucial del lenguaje

no verbal. Lo que expresamos con ellos es infinito. El enorme poder de comunicación que tienen se expresa en frases como «Me miró fijo», «Al fin me hizo abrir los ojos», «Me desvió su mirada», «Me miró mal», y tantas otras. Más o menos expresivos, suelen delatar-nos si estamos cansados o tristes, alegres o enfadados. Mantenemos los ojos cerrados si queremos apagar el mundo, y los mantenemos muy abiertos cuando no queremos que nada se nos escape.

Los ojos, con sus movimientos, pueden regular una conversación y proporcionan un sistema de señales que el interlocutor es capaz de decodificar con solo estar atento. La persona que habla puede tratar de controlar el comportamiento de quien escucha a través de la mirada, por ejemplo, impedir una interrupción, evitar mirar a la otra persona o animarla a responder. Los alumnos que no hacen sus actividades escolares evitan la mirada del docente, mientras que los aplicados la buscan.

¿Cómo miramos a nuestros alumnos?

Los profesores entran a clase. Pero ¿realmente los miran a la cara a estos muchachos? ¿Los miran uno por uno? ¿Los llaman por su nombre o solo por su apellido cuando les toman examen?

Emilio Tenti Fanfani

La mirada revela la vida interior del profesor, su concepción del mundo y sus valores. Según cómo nuestros alumnos la sientan, así nos relacionaremos y ellos reaccionarán. No es igual mirarlos como amenaza, como una carga, que como personas a las que queremos formar y ayudar. Si esperamos de ellos, si confiamos, reaccionarán constructiva y creativamente. Si los rechazamos, si los ignoramos, se replegarán en su personaje de alumnos y se defenderán de nosotros. «*Nuestro afecto, sonrisa y palabras amables pueden despertar su afecto, alegría y autoconfianza. Pero si nuestra mirada es de indiferencia, hostilidad, provocarán también rechazo y agresividad*» (Domínguez Prieto, 2012).

¿Qué mirada usamos con nuestros alumnos?

La indiferente: Los consideramos un objeto ante nosotros, algo para inventariar. En este caso, el otro no será un acontecimiento para nosotros, no será algo que «nos» pasa, sino algo que pasa ante nosotros.

La acusadora: Ellos, como estorbo; nosotros, sus jueces. De esta manera, favorecemos nuestro individualismo y quedamos inmunizados ante el otro.

La del socio/cliente: Son aquellos con los que intercambiamos un servicio, que tratamos por su rol y función. Nosotros desempeñamos nuestro rol de profesores y ellos deben desempeñar el de alumnos. Así, la asociación será fructífera, y tendremos clases tranquilas, pero no sucederá un encuentro pleno entre personas.

La de persona: Digna de ser por ser alumnos, niños, adolescentes, jóvenes a quienes podemos dar y ante quienes nos podemos asombrar.

... La forma adecuada de mirar a nuestros alumnos es con asombro ante el misterio que son, con admiración ante la maravilla que encierra cada una de sus personas, incluso con reverencia ante su dignidad absoluta. En cuanto los miramos así, dejan de ser número, dejan de ser uno más, ya son inetiquetables. Cada uno se manifiesta con un rostro único, con un nombre único, y como ser máximamente valioso, al margen de sus resultados, apariencia o ademanes (Domínguez Prieto, 2012).

Sugerencias para una buena comunicación no verbal:

+Expresar nuestras emociones a través de la cara. El rostro representa el área del cuerpo más importante en el plano expresivo y comunicativo, es el canal privilegiado para la expresión de las emociones, se manifiesta en los comportamientos interpersonales y produce señales relevantes de interacción.

+Sonreír a menudo y con facilidad aumenta la calidad del intercambio. La sonrisa suaviza las fricciones y anima al otro a devolverla. En general, la sonrisa facilita siempre una relación comunicativa.

+Lograr coherencia entre la expresión de la cara y las palabras que utilizamos. El rostro, en relación con el lenguaje verbal, es difícil de controlar. La cara es lo que mostramos al mundo y lo que no podemos ocultar.

+Dirigir siempre la mirada a la persona con la cual uno se comunica. Mirar significa implicarse en la relación y desviar la mirada, no querer establecer contacto. Hay que encontrar el punto justo.

+Repartir la mirada por igual ante todos. Mantener un contacto visual repercute de modo positivo en la relación y en el aprovechamiento de nuestras clases y encuentros.

+Mirar transmite seguridad, comodidad, empatía. Mirar hace que exista un acercamiento que luego repercute en la relación grupal.

Miradas superficiales

Muchos de los grandes personajes de la historia y de otros que no han sido conocidos masivamente aparecieron a los ojos de otros como fracasados. Fueron padres y profesores los que los miraban de este modo. Pero el fracaso y la torpeza se convirtieron en desarrollos geniales gracias a que hubo otros que «miraron de otro modo». A modo de ejemplo, algunas historias personales, como Ludwig Van Beethoven que siendo joven, tocaba mal el violín y prefería ejecutar sus propias composiciones en vez de mejorar su técnica. Su profesor consideraba que no tendría futuro como compositor ni como violinista. A los cuarenta y seis años, se volvió totalmente sordo. No obstante, compuso una música genial durante sus últimos años. O Thomas Edison en las que sus maestros decían que era demasiado tonto para aprender. Por ello, su madre decidió sacarlo de la escuela y enseñarle en su casa. Al joven Edison le fascinaba la ciencia. A los diez años, ya había instalado su primer laboratorio de química; y llegó a crear a lo largo de su vida más de mil trescientos inventos. Cuando inventó la bombilla, realizó más de dos mil experimentos hasta lograr que funcionara. Jamás se sintió fracasado, pues – según dijo él mismo – las mil novecientas noventa y nueve bombillas fallidas le enseñaron cómo no se hace una bombilla. O Albert Einstein

que no habló hasta los cuatro años y no leyó hasta los siete. En la primaria, su maestra lo describió como mentalmente lento, insociable y encerrado siempre en sueños tontos. Lo expulsaron y no lo dejaron ingresar en la Escuela Politécnica, de Zúrich. En 1905, la Universidad de Berna rechazó su tesis doctoral sobre la teoría de la relatividad por considerarla irrelevante y fantasiosa.

Las expresiones en las miradas

A través de nuestro cuerpo, como espejo de nuestras ideas y creencias, expresamos diversas emociones: alegría, bienestar, enojo, tristeza, preocupación. Con la mirada, damos y obtenemos reconocimiento y nos comunicamos y conectamos. Pero puede ocurrir lo contrario, pues existe la mirada del que no es auténtico, la mirada falsa. Se reconoce inmediatamente que lo que se dice no es sino un disfraz o una fachada.

La mirada auténtica

La mirada auténtica, en la escuela, la tiene el que logra ser genuino cada día y no se esconde detrás de un disfraz, un papel o una simulación. Se reconoce esta condición de manera intuitiva y teniendo sentido común. Se suele decir de estas personas que «están bien paradas» y, en nuestra relación con ellas, nos sentimos cómodos y seguros.

Ser auténtico significa ser de hecho y de verdad lo que se es de nombre, a lo que define nuestra vida como humana. Y entonces, resulta así que la persona, en su medida, vive el empeño de llegar a ser mejor cada día y vivir la vida íntegra con dignidad y plenitud humana. Aprender a expresar lo que se siente, verbalizar y manifestar afectos nos permite hacer nuestros los sentimientos y emociones, evitar que se empobrezcan interiormente y que se manifiesten de manera no saludable. Así, se podrá tener mayor tolerancia a la frustración, mayor control de la ira, más capacidad de verbalizar y menos de agredir.

La mirada envidiosa

Puede expresarse de varias maneras: a través de críticas, ofensas, rechazo, dominación, difamación, chismes, agresión, rivalidad, venganza. Es lo contrario a la admiración. La palabra *envidia* proviene del latín y quiere decir ‘yo veo’. La palabra *admiración* también proviene del latín, significa ‘yo miro a’. *Envidiar* quiere decir ‘mirar mal’; *admirar*, ‘mirar a’. El acto de envidiar coloca a la persona en un plano de continua insatisfacción y de queja permanente. Nace de la sensación o de la creencia de que nunca se podrá acceder a lo que el otro posee.

La práctica del uso de la palabra

Lo más difícil del mundo es conocerse a uno mismo, y lo más fácil del mundo es hablar mal de los demás.

Tales de Mileto

La escuela es un ámbito de convivencia en el que se enseña y aprende a vivir socialmente en un ambiente donde las relaciones interpersonales son diversas por los roles que desempeñan sus actores. El docente, en su rol profesional, se vincula con sus colegas, con los alumnos, con los directivos, con el personal de apoyo y auxiliares, con los padres, entre otros. Puede ocurrir que, en los avatares de nuestra tarea educativa, no prestemos debida atención y cuidado a la calidad de los vínculos que establecemos, y dediquemos mucho tiempo y energías a escuchar y reproducir comentarios, prejuicios, etiquetas, pensamientos erróneos, juicios negativos. Todo lejos de los valores de la verdad, de la bondad y del bien a los demás.

Es muy importante cuidar lo que decimos, hace favorable el ambiente; es tan importante como la enseñanza de los contenidos curriculares que les brindamos a nuestros alumnos. La complejidad de la vida y, en especial, la de nuestros niños y adolescentes requiere de una mirada atenta y crítica hacia sus prácticas cotidianas, como así también, hacia las nuestras. En un escenario en el que existen nuevos sujetos de educación y nuevas formas de aprender, hay que

atender y practicar nuevas estrategias en el ejercicio de la verosimilitud y la certidumbre.

Ideas para tener en cuenta

El juicio es una comparación racional que responde a la condición humana, asigna sentido y valor a lo circundante. Pertenece a quien se expresa y siempre es subjetivo. Por ejemplo, el juicio del evaluador frente a un alumno no habla solo del alumno, sino de cómo él ve al alumno.

En todo caso, lo que importa son los criterios sobre los cuales se fundan las decisiones que se toman. A veces, se confunde un juicio con una afirmación y no es lo mismo. Afirmar es expresar datos y hechos que pueden ser probados en su verdad o falsedad. Por ejemplo, esta confusión subyace en escenas de la vida escolar cuando alguien recibe un juicio que se transforma en dato: «Es un alumno incapaz de aprender», «Es un docente inteligente», «Ese director es...». Ni es ni no es. Se trata de un juicio. El peligro consiste en transformar a la persona en el personaje que el juicio pretende acuñar.

También, hay que distinguir entre dato, información o percepción, y sensación. En el primer caso, hay pruebas que pueden mostrar verdad o falsedad, mientras que las percepciones y sensaciones son tan legítimas como subjetivas. Por ejemplo, si el dato es que asistieron cuatro miembros del equipo docente a la reunión de ciclo, la sensación podría ser que se trata de poca gente. O si un docente llegó tarde a la escuela, la sensación podría ser que es impuntual (Blejmar, 2006). Y en ninguno de los dos casos se atiene a una verdad absoluta.

El prejuicio se refiere a una situación en la cual una persona es enjuiciada sin considerar los criterios adecuados para hacerlo o sin tener la información necesaria, de tal manera que se enjuicia con anterioridad a pensar e informarse. Se actúa en función de un prejuicio (Isaac, 1997). Lo perjudicial es que obstaculiza la apertura hacia una información adecuada respecto del tema en cuestión.

El chisme y los rumores

El chisme es un noticiero hablado, portable y primitivo. Es una noticia, y, como tal, no está obligado a ser cierto.

Ramón Escolar Salom

En un clima de bienestar, tienen que evitarse los canales clandestinos: mensajes que circulan por personas y ámbitos no previstos, no pertinentes o inadecuados generan malentendidos y sobreentendidos. También, producen polución de rumores, cuya inmensa capacidad de tergiversación es inusitada.

¿Cómo podemos frenar lo que nos lastima? ¿Cómo recibimos los comentarios? ¿Por qué los recibimos y no sabemos decir ante un chisme: «no escucho» o «no me interesa»? Todos los rumores mueren en algún momento, pero mientras eso no sucede, pueden lastimar a muchos. Es importante frenarlos, aprender a ponerles límites y no permitir que sigan haciendo estragos.

¡Cuánto mal se hace y se transmite por dejarnos llevar por prejuicios! Si queremos educar integralmente, si queremos formar desde la identidad a la persona humana con todas sus capacidades a desarrollar, es necesario que aprendamos a tamizar las palabras cada vez que recibamos y hagamos comentarios sobre nuestros colegas, alumnos, padres. La sinceridad en sí misma no es un valor absoluto si no está acompañada por el amor y la búsqueda del bien común. El compromiso con la verdad abre el camino al perdón y a la reconciliación.

¿Conocemos en profundidad la trayectoria escolar de cierto alumno, su realidad familiar...? o ¿Estamos al tanto de situaciones personales, familiares por la que puede estar atravesando un compañero docente? Utilizar el sentido de reserva y moderación permitiría evitar muchas injusticias cada vez que hablemos de algo o de alguien. Ante los comentarios que podemos recibir o hacer, tenemos el deber de verificar si realmente son ciertos; esto nos ayudará a acercarnos a la verdad de las cosas. Tenemos que comprobar si son útiles, para no perder tiempo, recurso tan valioso en la escuela como en la vida,

y así, recurrir a aquello que nos ennoblece y engrandece. Asimismo, tenemos que estar seguros de que sea bueno lo que transmitimos, es decir, que favorezca en forma positiva a todos, porque la bondad es uno de los regalos más efectivos que hacemos y que nos permite humanizarnos más cada día.

Qué podemos hacer

+Tener en cuenta que hay cierta información que es preferible comunicarla por escrito.

+Ofrecer siempre comunicados lo más exactos posible. No creer lo que nos dicen ni seguir comentándolo, a menos que sea la fuente original u oficial quien nos lo haya dicho.

+Volver a la credibilidad de las fuentes oficiales: frente a cualquier duda, consultar con ellas. Si deseamos acabar con el rumor, hay que hablar con quien corresponda, ya sea la autoridad, ya sea la fuente de donde proviene el chisme.

+No ser defensores de los otros o carteros. Si alguien nos comenta algo acerca de otra persona, no debemos ir nosotros a decírselo, sino alentar a quien nos habla a que vaya a decírselo.

+Advertir acerca de las consecuencias y las secuelas que dejan los chismes.

Siempre es mejor que la gente hable cara a cara, con el corazón en la mano. De lo contrario acaban surgiendo malentendidos. Y los malentendidos, ¿sabe?, son una fuente de infelicidad.

Haruki Murakami

Bibliografía

Blejmar, B. (2005). Gestionar es hacer que las cosas sucedan. Buenos Aires: Noveduc.

- Bertonati, F. (30 de enero de 2023). ¿Cómo promover la salud mental en las instituciones? *Los Andes*. <https://www.losandes.com.ar/mele/como-promover-la-salud-mental-en-las-instituciones-educativas/>
- Coronado, J. L. (2015). *Entrevista a Miguel Ángel Santos Guerra*. INED21. <https://ined21.com/entrevista-miguel-angel-santos-guerra/> (Consultado el 12/7/2015).
- Domínguez Prieto, X. (2012). *El profesor cristiano: identidad y misión*. PPC Editorial y Distribuidora.
- Echeverría, Rafael (2003). *Ontología del lenguaje*. Santiago de Chile: Lom.
- Larrosa, J. (2002). Experiencia y pasión. En *Entre las lenguas. Lenguaje y educación después de Babel* (pp. 165-178). Laertes, 2003.
- Lembo, J. (1973). *Por qué fracasan los profesores*. Madrid: Editorial Magisterio Español S. A.
- Maggio, Mariana (2018). Habilidades para el siglo XXI cuando el futuro es hoy. *Documento básico*. Buenos Aires; Fundación Santillana (<https://fundacionsantillana.com/historico/habilidades-para-el-siglo-xxi-cuando-el-futuro-es-hoy>).
- Meirieu, P. (2007). Es responsabilidad del educador provocar el deseo de aprender. *42 Cuadernos de Pedagogía*. N.º 373, 42-47. N.º Identificador 373.010.
- Nicastro, S. (2006), *Revisitar la mirada. Exploraciones acerca de lo ya sabido*. Homo Sapiens Ediciones.
- Onetto, F. (2015). *Climas educativos y convivencia escolar. Formación de supervisores y directores como asesores en convivencia escolar* [en línea]. Programa Nacional de Convivencia Escolar (Consultado el 18 de agosto de 2016). <http://www.observatorioperu.com/2015/Junio/Onetto-Texto-1.pdf>
- Rogers, C. y Freiberg, J. (1996). *Libertad y creatividad en la educación* (3.^a edición). Paidós Educador.
- Tenti Fanfani, E. (2001). *La escuela y la educación de los sentimientos. (Notas sobre la formación de los adolescentes)*. IIPE-Buenos Aires, Sede Regional del Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación.